



# SIMBIOSIS

*Emilio Sánchez*

Los primeros cuatro meses de noviazgo, mi actual mujer y yo teníamos relaciones sexuales diariamente y dos veces los domingos. Un año después, aquella orgía delirante fue trocada por encuentros sexuales más esporádicos en los cuales ambos podíamos hacer gala del conocimiento erótico mutuo acumulado en meses anteriores. Aquellos encuentros tenían como marco las mañanas dominicales y solían extenderse, perezosos, hasta mediodía, cuando me levantaba a preparar el té, para ella, y el café, para mí.

El paso del tiempo trajo consigo el matrimonio, los posgrados, la escritura de las tesis, la entrada al medio profesional y el inevitable agotamiento de viernes por la tarde que no dejaba más energía que para uno o dos episodios de la serie en boga, de nueve a once de la noche, las manos ocupadas, no en caricias mutuas, sino en el levantamiento recurrente de copas de vino y hogazas de pan con queso. En este esquema televisivo cumplimos seis años de pareja y una tarde de abril nos dimos cuenta, al terminar de ver la primera temporada de *Masters of Sex*, que llevábamos más de cinco meses sin intimar. Los dos sentimos una profunda vergüenza.



Septiembre-Octubre 2018

ISSN: 2007-7483

©2018 Derechos Reservados

[www.revistadestiempos.com](http://www.revistadestiempos.com)

Para amainar aquella agria sensación, le dije a mi mujer:

—¿Te doy un masajito?

—¿Por qué no? —dijo ella.

E hicimos el amor en la alfombra de la sala.

Pero volvimos a las mismas. Solo que ahora con menos tiempo para la vida conyugal, pues a mi esposa le habían dado un trabajo más demandante en el cual debía estar ocupada también los fines de semana. Cuando cumplimos un nuevo ciclo de cinco meses sin tener sexo, se apoderó de mí una indecible ansiedad. Acudí a los amigos, para ver cómo lidiaban ellos con aquel trance.

—Yo voy con putas —me dijo Andrés, casado desde hacía quince años con Rubí, amiga de mi mujer. No son exigentes como una amante, no son un costal de papas como mi esposa, y me evitan involucrarme sentimentalmente con alguien más.

Mi amigo Josué, el único casado monógamo que conocía, tenía otras estrategias:

—Medito — me dijo. Al meditar, desaparece el deseo por otras viejas. Así, automático.

—¿Pero coges con tu mujer?

—No —dijo, melancólico. No cogemos desde hace tres años.

Luego desvió el tema hacia lo que era el karma.

Fue Miguel Ángel, mi tío abuelo, quien me dio el consejo más certero:

—Cuando lleguen los hijos ni tiempo tendrás de pensar en sexo —me dijo. Así que ya deja de preocuparte por mamadas.

Y así fue. Con la llegada de mi primer hijo, los sinsabores de no tener vida conyugal quedaron sepultados bajo la vertiginosa vida parental. Felizmente, pediatras, pañales, biberones, extractores de leche, chupones y una dosis de pipí y caca empequeñecieron nuestras tribulaciones eróticas. Y de pronto, después de un año, la pareja de antaño evolucionó hacia un pequeño equipo de futbol en el cual dos jugadores animaban a un tercero a dar sus primeros toques al balón. En estas circunstancias deportivas... ¿cómo perder el tiempo pensando en sexo?



El tiempo pasó y un día, cuando nuestro hijo tenía cuatro años, nos dijo que quería quedarse a dormir los jueves en casa de su abuela. Aceptamos gustosos. Así que, por fin, después de tanto tiempo, mi mujer y yo volvimos a tener un tiempito exclusivo para nosotros. Para festejar la llegada de este nuevo espacio íntimo, nos fuimos al cine, luego a cenar y después volvimos a casa a coger. Ese jueves descubrí que tenía eyaculación precoz.

—No te preocupes —dijo mi mujer. Esto pasa a veces. Dos jueves después lo volvimos a intentar y, otra vez, terminé el acto amoroso rapidísimo. Sentí una enorme frustración.

—¿Por qué no vas con el urólogo? —dijo mi mujer. Igual y es algo de fácil solución.

Rubén Escamilla es el nombre del urólogo más prestigiado de la ciudad. Gracias a un amigo que tenemos en común, obtuve una cita con rapidez. El día de la consulta, el doctor Escamilla me recibió en ropa deportiva.

—Usted disculpará —me dijo—, pero usted es el último paciente y de aquí me voy ya al gimnasio.

Le expliqué el porqué de mi visita. Mientras yo hablaba, él me miraba, risueño.

—Seguramente usted está preocupadísimo —me dijo—, dando click al mouse de su computadora. Pues no tiene nada de qué preocuparse. El 60% de los hombres mayores de 40 años sufren su misma condición. Si no me cree, vea estas estadísticas.

Vi, en el monitor de la computadora del médico, varias gráficas cuyo contenido no pude descifrar.

—Usted se encuentra justo aquí —dijo —, apuntando a una de las gráficas. Está entre el 30% de los hombres que terminan sus relaciones sexuales en menos de dos minutos. ¿Ya vio la enorme cantidad de hombres que están en su misma situación?

Las palabras del urólogo no me daban consuelo alguno. Él debió de haber notado mi desazón porque dijo inmediatamente:

—No se me apachurre. Para su fortuna, la ciencia médica ya encontró una solución a su problema. ¿Conoce Priligy? —Yo no lo conocía—. Es una pastilla



que retarda la eyaculación por medio de aminoácidos que entorpecen la comunicación entre los neurotransmisores —dijo, satisfecho de poder emplear los terminajos aprendidos con denodado esfuerzo. Mis pacientes que lo toman me han dicho que pueden durar horas poniéndole, así, quitadísimos de la pena.

—¿Y tiene algún efecto secundario? —pregunté.

—En rarísimos casos, urticaria —dijo, escribiendo la receta en su computadora. Pero, hasta ahora, ninguno de mis pacientes la ha sufrido. Y ahora —dijo, imprimiendo la receta y entregándomela—, si me perdona, corro porque se me hace tarde para la clase de spinning.

Salí del consultorio del doctor exudando optimismo. Le comuniqué la buena nueva a mi mujer.

—Pues probemos este mismo jueves —dijo, mientras se iba al trabajo—. A ver qué tal.

El jueves siguiente me tomé la pastilla una hora antes del acto sexual. Para calentar motores comencé a darle un masaje a mi mujer; unos minutos después de haber comenzado, estaba empapado en sudor.

—¿Estás bien?—, dijo. Te ves pálido.

—Estoy mareado—, le dije, y me acosté en la cama, bocarriba.

—¿Quieres que llame al doctor?—, dijo.

—No, no, ahora se me pasa—, dije.

—¿Quieres que yo te dé un masajito?

Acepté la oferta de mi esposa. Su masajito condujo a un encuentro sexual que duró dos horas y media y en el cual yo me debatí entre el éxtasis, el mareo y la náusea. En aquellas condiciones, decidí que no quería volver a tomar Priligy.

Durante los meses siguientes ensayé diversos tratamientos alternativos contra la eyaculación precoz, entre ellos el tantra tibetano y la acupuntura, pero ninguno la mejoró. Fue entonces que mi mujer comenzó a tener visibles irregularidades en su flujo menstrual.

—Estoy menopáusica —dijo. Y se tiró a la depresión.

Por mi parte, había conseguido un nuevo trabajo en el cual debía de viajar con frecuencia. Ya ni siquiera podía ver a mi esposa los jueves en que nuestro hijo se iba a casa de su abuela. Uno de los domingos en que volví a



la casa al final de un viaje, encontré a mi esposa muy pensativa en el comedor, cenando una sopa azteca y sosteniendo en una mano un ejemplar de Cosmopolitan. Nos saludamos y luego ella me dijo:

—Este artículo dice que la eyaculación precoz es síntoma de la andropausia. ¿Será que estás andropáusico?

—Puede ser —le dije, tomando asiento a la mesa.

—Leí también que, a veces, la mujer menopáusica jala a su marido a la andropausia. Le da un empujoncito, digamos, para que ambos estén en la misma situación de cambios hormonales. La revista lo llama “sincronía biológica de la edad madura”. Es una especie de simbiosis. ¿No te parece romántico?

—Mucho —le dije, tratando de dilucidar el hilo conductor entre el romanticismo y la andropausia.

Han pasado dos años desde aquel domingo. A la fecha, llevamos ya treinta meses sin tener sexo. Ahora mi hijo se queda a dormir con frecuencia en casa de sus amigos. Esas noches, mi esposa y yo cenamos pan, queso, jamón y vino mientras vemos series de televisión. Después ponemos música y ella se pone a hacer collaritos de cuentas en la mesa del comedor y yo escribo un poco. Nos vamos a la cama como a las diez; solemos abrazarnos un ratito en el lecho antes de caer dormidos.

